

Los conflictos étnicos y la construcción del Estado en el mundo árabe

*Saad Eddin Ibrahim**

Revista internacional de ciencias sociales Nº 156

Junio 1998

<http://www.unesco.org/issj/rics156/ibrahimspa.html#seitle>

Introducción

Todos los conflictos armados en el mundo desde 1988, con la excepción de la invasión de Kuwait por Irak, se han producido a raíz de problemas étnicos internos. Desde 1945, los conflictos étnicos se han cobrado aproximadamente 16 millones de vidas, varias veces más que el saldo arrojado por guerras entre Estados. Actualmente, los conflictos étnicos abarcan tres viejos continentes, Asia, África y Europa. Los ejemplos típicos son los de Burma y Sri Lanka en Asia; Somalia, Sudán y Ruanda en África, en la ex URSS y Yugoslavia en Europa.¹

Con sólo el 8% de la población mundial, el Oriente Medio árabe ha sufrido alrededor del 25% de todos los conflictos armados desde 1945. La mayoría de estos conflictos han tenido un origen de carácter étnico. El Cuadro 1 ilustra el equilibrio entre conflictos entre Estados y conflictos armados interétnicos en la región en términos de costes humanos y materiales. El conflicto árabe -israelí (seis guerras y una lucha permanente del pueblo palestino y libanés contra la ocupación israelí) se ha cobrado más de 200,000 vidas en cuarenta años. Como contraste, durante el mismo periodo, los conflictos étnicos han arrojado un saldo de víctimas varias veces superior. La guerra civil en Líbano (1975-1990) tuvo, por sí sola, tantas víctimas como todas las guerras entre árabes e israelíes. La guerra civil en Sudán (con brotes

* Saad Eddin Ibrahim recibió su formación en la Universidad de El Cairo y en la Universidad de Washington. Actualmente es profesor de sociología política en la American University en El Cairo y Presidente del Consejo del Ibn Khaldoun Centre for Development Studies, PO Box 13, El Cairo, Egipto. Es autor de varios libros, entre los cuales *The Future of Society and State in the Arab World* (1988). El presente artículo fue publicado originalmente como un Documento de Trabajo MOST Nº.10 (1996).

intermitentes desde 1956) ha arrojado un número de víctimas al menos cinco veces superior a todas las víctimas de las guerras entre árabes e israelíes. Los mismos costes relativos son aplicables en términos de desplazamientos de poblaciones, de destrozos materiales y gastos económicos.²

En los años 90, se calcula que los conflictos armados en la región pertenecerán más al género de conflictos intra-Estados que entre Estados. El activismo islámico militante será una más de las causas de conflicto armado en numerosos países árabes de Oriente Medio. Argelia y Egipto son, en la actualidad, dos de los casos más relevantes. Por lo tanto, la mayor amenaza para la seguridad de los Estados de la región será probablemente interna.³ La guerra civil en Yemen en 1994 fue una especie de sinopsis de lo que ocurriría más tarde. Las dimensiones ideológicas y regionales del conflicto se mezclaron con rasgos sectarios, entre los safíes suníes, una supuesta élite socialista gobernante en el sur, contra los shííes zaydíes, una élite tribal del norte. La manipulación o los efectos secundarios de estos conflictos armados internos también podrían, desde luego, conducir a conflictos entre Estados. Sin embargo, este artículo sólo abordará un sólo tipo de conflictos, aquellos que tienen una dimensión interna y étnica.

La desproporción de los conflictos étnicos comparados con los conflictos entre Estados es aún más sorprendente dada la dimensión de los datos demográficos socioculturales del mundo árabe en general. Según la definición más amplia de "etnicidad", que se refiere a grupos contiguos o coexistentes con diferencias de raza, religión, secta, lengua, cultura u origen nacional,⁴ el mundo árabe es étnicamente una de las regiones más homogéneas del mundo moderno.

En 1993, el mundo árabe tenía una población ligeramente superior a los 236 millones. Una abrumadora mayoría (el 80%, es decir, 190 millones) comparten las mismas características físicas. En términos religiosos, son musulmanes suníes y, cultural y lingüísticamente, hablan el árabe (ver Cuadro 2 y Cuadro 3). En términos de origen nacional, se han asentado hace siglos en la misma "patria árabe" (que se extiende desde Marruecos en el océano

Atlántico hasta Bahrein en el golfo Pérsico). Esta mayoría aumenta si le sumamos grupos en los que sólo se observa una variante étnica, percibida por el propio grupo como un elemento marginal en la definición de su identidad. Por ejemplo, la mayoría de los musulmanes shiíes y la mayoría de los cristianos que viven en el mundo árabe, consideran su "arabismo" como el eje principal de su identidad, por encima de su condición de shiíes o cristianos. Para ellos, la variable "lingüística cultural" es el criterio mayor de división étnica. Según este criterio, la "mayoría" árabe supera el 86% de la población en el mundo árabe. El Cuadro 4 ilustra los principales grupos étnicos en el mundo árabe en cuatro aspectos: cultural-lingüístico, religión, denominación, y etnia.

A pesar de la aparente homogeneidad en un nivel panárabe, observamos una heterogeneidad étnica muy acusada en varios países. Por ejemplo, en Sudán, Líbano, Irak, Siria, Argelia, Marruecos, Mauritania, Bahrein, y Yemen. En estos nueve países, hasta un 35% de la población, o más, se diferencian de la mayoría árabe /musulmana/suní/caucásica en una o más de las cuatro variables étnicas (lengua, religión, secta, o grupo étnico). Conviene señalar que casi los nueve países se encuentran situados en los márgenes geográficos del mundo árabe, y que a menudo tienen fronteras comunes en términos culturales. En los nueve países, se ha dado alguna forma declarada de tensión étnica. En cuatro de estos países -Sudán, Irak, Líbano y Yemen- estas tensiones se han exacerbado en los últimos decenios hasra convertirse en conflictos armados prolongados. La integridad territorial y la unidad de cada uno de ellos se han visto seriamente amenazadas.⁵

A pesar de la preponderancia de los conflictos étnicos en el mundo árabe, los teóricos sociales árabes y los activistas políticos no han prestado suficiente atención al fenómeno. El último libro escrito por un estudioso árabe contemporáneo, Albert Hourani, data, de hecho, de 1947, es decir, de hace unos 48 años.⁶ Se observa entre los marxistas, nacionalistas e islamistas la tendencia a ignorar la cuestión étnica o a escribir acerca de ella de forma marginal. Se ha aventurado el "factor extranjero" (imperialistas y sionistas) como la explicación que subyace a la mayoría de conflictos étnicos en el mundo árabe. Si bien no se debe desdeñar este factor, una nueva generación

de teóricos sociales árabes empieza a superar con creces estas explicaciones basadas en la conspiración del conflicto étnico.⁷ En el resto de este artículo abordaremos una reseña de estas nuevas iniciativas en los cuatro apartados siguientes: la competencia entre lugares de identidad, problemas de construcción del Estado moderno, conflictos socioeconómicos, vulnerabilidad ante factores externos.

En los países árabes, las cuatro problemáticas están generalmente interrelacionadas, y esta interrelación es especialmente aguda en aquellos países con una mayor heterogeneidad étnica. La desintegración de las políticas islámicas tradicionales en el siglo XIX, el ocaso definitivo del Imperio Otomano (1922) y los designios concomitantes o posteriores del poder colonial de Occidente llevaron a la fragmentación del mundo árabe y al comienzo embrionario de los "Estados territoriales" modernos en el periodo de entre guerras (1918-1939).⁸ Al adquirir la independencia política en el periodo entre los años 40 y 60, estos Estados heredaron minorías étnicas igualmente fragmentadas. El espacio político estaba definido por desafíos como la construcción de una identidad nacional y de Estado, por la consolidación de la independencia y el desarrollo socioeconómico y por la garantía de medidas razonables de equidad. Además, estos desafíos surgieron en un sistema internacional polarizado por los conflictos ideológicos y geopolíticos de la guerra fría. (1945-1990).

Más allá de la perspectiva inmediata de este artículo, hay importantes vínculos relevantes con otros países de Oriente Medio, entre ellos Turquía, Irán, Israel y Chipre. En cada uno de estos países la cuestión étnica ha tenido brotes esporádicos. El caso más reciente y dramático es el del conflicto armado en el sur de Turquía entre las fuerzas del gobierno y los rebeldes kurdos organizados bajo la bandera del Partido Kurdo de los Trabajadores (PKK). Este conflicto comenzó hacia finales de 1994 y perduró hasta bien entrado 1995. Unos 50 mil soldados del ejército y la fuerza aérea de Turquía han llevado a cabo una campaña de acoso y derribo contra el PKK en Turquía y una estrategia de persecuciones en territorio del vecino Irak.⁹

El problema de los kurdos en Turquía presenta todos los rasgos del problema kurdo en Irak, Irán y, en menor medida, en Siria. Las raíces y posterior dinámica son casi las mismas, es decir, la fragmentación de los pueblos y grupos nativos, contra su voluntad, para someterlos a los designios coloniales y, más tarde, para adaptarse a los Estados territoriales recién creados. Sin embargo, limitaremos nuestra ponencia al mundo árabe como región geopolítica y cultural, distinta del resto de Oriente Medio, aunque naturalmente solapándose con él y similar en muchos aspectos.

La cuestión de la identidad

Dicho brevemente, los principales paradigmas ideológicos que compiten en el mundo árabe desde comienzos de siglo tienden a excluir a ciertos grupos de la plena pertenencia a la comunidad política. En la actualidad, el espacio intelectual y político árabe está dominado por las ideologías islámica y nacionalista laica. Cada una tiene su propio espacio de identidad política.

La visión de los islamistas y la etnicidad

Los islamistas, de forma natural, basan el vínculo político de cultura, sociedad y Estado en la religión. Esto excluiría automáticamente a los no musulmanes de los gobiernos respectivos del mundo árabe (es decir, unos 18 millones, en su mayoría cristianos, además de varios cientos de miles de judíos (ver Cuadro 5). En su forma más extrema y purista, la exclusión también abarcaría a unos 21 millones de musulmanes no suníes (diversas sectas shííes y jariyíes). Los islamistas de la corriente predominante harían de ésta una exclusión sólo parcial, es decir, limitada a impedir que los no musulmanes ocupen cargos en los principales organismos administrativos (Jefes de Estado, gobernadores, y judicatura).¹⁰ Su razonamiento es que quienes ocupan dichos cargos no sólo desempeñan un rol temporal sino también cumplen con deberes religiosos, a saber, dirigir las oraciones, velar por el cumplimiento de la Sharya (ley islámica), y liderar a los creyentes en la Jihad (guerra santa). Los puristas del Islam excluirían completamente a los no musulmanes de toda función en el Estado o el gobierno, cualquiera sea el nivel. Para ellos, los no musulmanes

deben existir como "comunidades protegidas", (ahl zimma), gestionar sus propios asuntos comunitarios y pagar la jezia (un impuesto personal).¹¹ Mientras respeten a la mayoría musulmana y reconozcan la soberanía del Estado islámico, a las comunidades no musulmanas se les debe tratar con respeto, compasión y tolerancia religiosa.

Bajo este enfoque, se considera iguales a todos los musulmanes, independientemente de su origen étnico, cultura o país de origen. Por lo tanto, a los kurdos musulmanes (en Irak y Siria), beréberes (en Argelia y Marruecos) y musulmanes negros (en Mauritania y Sudán) no se les considera "minorías". El conjunto de estos grupos musulmanes (no árabes) suman más de 20 millones de personas. Esta visión islámica del "orden político" será aceptada de forma natural por los miembros musulmanes no árabes de la comunidad, para quienes la "ciudadanía" tiene sus raíces en la religión. Como es de esperar, con una política de estas características, los no musulmanes en el mundo árabe se sienten bastante amenazados y extranjeros.

La visión nacionalista árabe y la etnicidad

La visión nacionalista árabe comenzó a gestarse durante los últimos decenios del Imperio Otomano. Surgió como una reacción contra el dominio otomano y contra la ideología panturca de los jóvenes turcos. En su forma más pura, predicaba la visión nacionalista árabe definiendo la "cultura" y la "lengua" como los pilares de la identidad política del Estado, la sociedad y la ciudadanía. En este sentido, el nacionalismo árabe ha sido una ideología laica. Por lo mismo, todos los hablantes nativos del árabe, portadores de la cultura árabe, y que se perciben a sí mismos como "árabes" serían miembros de pleno derecho de la "nación árabe", con plenos derechos de ciudadanía independientemente de su origen étnico, religión o secta. La visión nacionalista árabe no reconocería a otros grupos nacionales o culturales no árabes que vivan en la "patria árabe" como comunidades autónomas o como entidades independientes con derecho propio. Sin embargo, sus miembros individuales serían tratados como ciudadanos "árabes" iguales bajo la ley.¹²

Esto implica que mientras los islamistas excluirían a los "no musulmanes" de la plena pertenencia a la comunidad, los nacionalistas árabes excluirían a los "no árabes". En la actualidad (1995) este último grupo se cifra en unos 20 millones de personas. Por otro lado, los árabes no musulmanes habrán de integrarse en la comunidad nacional política, y en este caso la población es de unos 18 millones (en su mayoría cristianos).

Resulta normal que los no árabes se sientan amenazados por la visión nacionalista árabe. Es lo que sucede con las importantes comunidades no árabes con aspiraciones nacionales propias (por ejemplo, los kurdos), o que desean conservar su integridad cultural y su lengua (por ejemplo, los beréberes). Además, algunas comunidades no musulmanas temen que a pesar de su apariencia laica, el nacionalismo árabe oculte ciertos ribetes islámicos. Éste es un recelo que manifiestan explícitamente los cristianos maronitas del Líbano, e implícitamente los coptos cristianos de Egipto.¹³

Por lo tanto, todos los paradigmas de identidad que compiten en el mundo árabe excluirían a aquellos que los otros incluirían en sus respectivas definiciones de la comunidad política. Veremos cómo los artífices del Estado moderno, en la práctica, han intentado lidiar con este problema mediante la sutil evolución del nacionalismo de cada país, denominado wataniyya.¹⁴

La espinosa cuestión de la identidad

En el mundo árabe, como en otras partes, la cuestión de la identidad es uno de los conflictos sociopolíticos más engorrosos. Influye en las nociones culturales, simbólicas y existenciales del ser individual y colectivo. A diferencia de otros conflictos, (de clase, laborales, educativos, ideológicos, políticos), la identidad étnica y los conflictos que genera son "intrínsecamente menos susceptibles de prestarse a acuerdos que los conflictos relacionados con problemas materiales".¹⁵

Ni la visión islámica ni la nacionalista han conseguido incorporar las subidentidades en un marco amplio de referencias. Por lo tanto, los visionarios

islamistas han tendido a minimizar la importancia de los conflictos sectarios en el seno de y entre hermanos musulmanes. En la guerra civil del Líbano (1975-1989), los musulmanes shiíes y suníes se mataron entre sí más de lo que mataron a los cristianos. De hecho, fueron más numerosas las bajas de los musulmanes shiíes por sus luchas internas que las bajas que éstos ocasionaron a los musulmanes suníes y drusos, o a los cristianos de todas las sectas. Según este mismo principio, En la guerra civil del Líbano hubo más cristianos víctimas de otros cristianos que de los musulmanes.¹⁶

Los partidarios de una visión islamista de una identidad política tampoco podrían dejar de inquietarse por las luchas intestinas entre los muyahidin musulmanes afganos, que se han cobrado más víctimas musulmanas en tres años de guerra (1990-1993) que durante los diez años de guerra de resistencia contra los soviéticos y el régimen apoyado por éstos (1980-1990).¹⁷ De la misma manera, los partidarios de la visión nacionalista panárabe se han visto seriamente desacreditados por las acciones de los regímenes que adoptan esta visión. La rivalidad entre los dos regímenes baazistas en Irak y Siria, que dura ya un cuarto de siglo, es uno de los casos más dramáticos. La élite gobernante de cada uno de estos regímenes pertenece a diferentes sectas minoritarias en sus respectivos países.¹⁸

Gran parte de la tensión en Yemen del Norte (1970-1990) y, más tarde en el Yemen unificado (1990-1994), que dio lugar, a mediados de 1994, a una escalada que desembocó en una guerra civil abierta, no está exenta de rasgos de sectarismo musulmán. A pesar de los desmentidos oficiales de todas las partes en el conflicto, la clave oculta y permanente se define por la oposición entre los shiíes zaidíes del norte y los suníes shawafi del sur.¹⁹

Estas dos visiones rivales de la identidad del mundo árabe pueden ser elegantes y transparentes, y sin embargo, en la práctica, no han conseguido proyectar un programa político coherente ni consistente. Han sido incapaces de abordar el problema de las subidentidades, además de otras variables socioeconómicas.

La tarea de la construcción del Estado

El proceso de construcción del Estado moderno en el mundo árabe data de hace unos setenta años. El más temprano se inició en Egipto, (1922) donde se abordó el problema de la identidad con espíritu de negociación. Si bien la primera constitución de Egipto (1923) tenía rasgos inconfundiblemente laicos, y definía la ciudadanía plena según el principio de derecho de nacimiento, independientemente de religión, raza o credo, uno de sus artículos estipulaba que el "Islam es la religión de Estado". En Egipto y en otros países árabes con constituciones y disposiciones similares, esto sólo significaba dos cosas, que no impidieron la integración de los no musulmanes en la gestión política: la primera era que el Jefe de Estado sería musulmán; la segunda era que la sharya islámica sería una fuente, aunque no la exclusiva, de la legislación.²⁰

En la práctica, casi todos los Estados árabes han evitado enfrentarse a las claras dicotomías en juego: por ejemplo, religioso versus laico, o lo nacional versus el país (qawmiyya versus wataniyya) en la construcción de la identidad político cultural. Al contrario, todos los Estados (o regímenes) árabes han intentado llevar a cabo su propia reconciliación, con mayor énfasis en una dimensión específica, pero nunca conducente a la total exclusión de la otra. Por lo tanto, es posible dibujar una trama de los Estados árabes en dos ejes continuos: "religioso" y "laico" y "país (watan) y "nación" árabe (Umma Arabiyya)", como ilustra la esquema. Líbano es la única excepción entre los Estados árabes, donde una tradición constitucional (desde los años 40) estipula que el Jefe de Estado sea un cristiano maronita; el Primer Ministro, un musulmán suní ; y el Presidente del Parlamento, un musulmán shií. La reforma constitucional de 1980 no alteró esta tradición, si bien modificó los poderes de los que cada uno de estos cargos estaba investido y estableció un equilibrio entre el número de representantes musulmanes y cristianos en el Parlamento.

El primer eje continuo (religioso-laico) se basa en el predominio de símbolos y normas religiosas de legitimación en los estatutos básicos del gobierno. Por ejemplo, la bandera de Arabia Saudí y el símbolo del Estado es una imagen del Corán sagrado, flanqueado por dos espadas cruzadas. El

segundo eje continuo se basa en el predominio e invocación de los principios nacionalistas panárabes en sus estatutos políticos fundamentales.

La pragmática reconciliación de las tendencias laicas y religiosas no ha sido el único ámbito en que se ha construido la identidad de los nuevos Estados. Los primeros artífices del Estado también tuvieron que lidiar con la reconciliación entre las posturas panárabes nacionales y las de las identidades subnacionales (qawmmi versus qautry). Los líderes del movimiento panárabe que cerraron filas en torno a Sharif Hussein de La Mecca en la Gran Rebelión Árabe (1916) vieron sus planes frustrados y se sintieron traicionados cuando Francia y Gran Bretaña incumplieron sus promesas de independencia y unificación árabe (como habría de revelarse más tarde en el acuerdo secreto Sykes-Picot). Aún así, las esperanzas nacionalistas árabes permanecieron vivas. Con las sucesivas independencias de un país tras otro a mediados de siglo, los primeros artífices del Estado llevaron a cabo otra reconciliación pragmática. En sus constituciones o declaraciones de independencia, se estipulaba en muchos casos que, si bien se declaraba "Estado independiente y soberano" el país seguía siendo una parte integral de la "nación árabe" o de la "patria árabe", a la espera del momento oportuno para "reunificarse con las demás partes árabes".²¹ La creación de la Liga Árabe en 1945 fue una formalización de este acuerdo. En ella se garantizaba la independencia individual de sus Estados miembros, pero mantenía la puerta abierta para adoptar progresivamente políticas de cooperación, integración y unificación.

Mientras los ideólogos discutían sobre sus visiones alternativas, algunas de las cuales eran mutuamente excluyentes, los hombres de Estado y los políticos, más prácticos, se aplicaron al "arte de lo posible". Los dos acuerdos mencionados más arriba eran caso relevantes y funcionaron razonablemente bien durante las primeras décadas después de la independencia en varios países árabes que adoptaron sistemas de gobierno "liberales" o semiliberales (Egipto, Irak, Siria, Líbano, Jordania y Marruecos. Ahí donde existían subgrupos de tamaño considerable, eran acomodados políticamente bajo este tipo de "sistemas liberales". En algunos casos (Líbano y Jordania), fueron reconocidos formal o explícitamente y se les asignó una participación

proporcional en los órganos elegidos y en los consejos ministeriales. En otros (Egipto, Siria, Irak), se produjo una adecuación similar, aunque implícitamente. De hecho, el Primer Ministro sirio después de la independencia, Faris Al-Khoury, era cristiano, y en Egipto gobernaron primeros ministros cristianos coptos como Boutros Ghali y Youssef Wahba. En Irak gobernaron primeros ministros y presidentes del Parlamento shiíes y kurdos, como I. Koubba. En otras palabras, la diversidad socioétnica iba a la par con un pluralismo político de uno u otro tipo.

El final del primer experimento liberal en esos Estados árabes durante los años 50 y 60 generó problemas potenciales para las comunidades minoritarias. Los regímenes militares que tomaron el poder en muchos países adoptaron una ideología nacionalista árabe militante y emprendieron ambiciosas reformas socioeconómicas. En los dos casos, estaban destinados a marginar a uno u otro grupo en sus respectivos países. En Egipto, la revolución liderada por Nasser en julio de 1952 disparó la alarma en las comunidades no musulmanas, por diversos motivos. Ninguno de los Cien Oficiales Libres que protagonizaron la rebelión era cristiano, si bien los coptos por sí solos (aparte de otras denominaciones cristianas) representaban aproximadamente el 8% de la población. Los coptos egipcios tampoco se mostraron especialmente entusiastas con la orientación árabe nacionalista del nuevo régimen. Las políticas socialistas del régimen fueron un golpe aún más duro, porque en términos absolutos, la representación de los cristianos era desproporcionada en las capas de la burguesía terrateniente en Egipto. Ocurrió algo similar en otras partes del mundo árabe donde los regímenes militares o de partido único gobernaron durante varios años. En países con una marcada heterogeneidad, esta falta de pluralismo político estaba destinada a generar tensiones. Incluso cuando los regímenes militares de partido único intentaron acomodar a los grupos minoritarios, a menudo se trataba de una acomodación nominal o arbitraria, dependiendo de los caprichos de los gobernantes, y eso aumentaba la marginación de estos grupos.²²

En dos casos extremos, el gobierno de la mayoría fue reemplazado por un gobierno de la minoría. Bajo la inspiración ideológica del Partido Socialista

Baaz, un gobierno militar alawita ha aumentado su control sobre los musulmanes árabes de la mayoría suní (65%) en Siria desde 1970. Desde 1968, la minoría musulmana suní en Irak (35%) ha gobernado sobre todos los demás grupos, algunos de los cuales son numéricamente más importantes (por ejemplo, los musulmanes shííes que constituyen alrededor del 45% de la población total de Irak).

En Sudán, los miembros de la élite militar gobernante provienen tradicionalmente de una de las provincias del norte musulmán en las cercanías de la capital, Jartúm. Bajo una fachada populista, socialista, y ahora islámica, los tres golpes de Estado militares (1958, 1969, y 1989) han sido protagonizados por oficiales del norte. Al comienzo, no había ningún oficial no musulmán proveniente del sur. Posteriormente, en un gesto simbólico, fueron incorporados algunos oficiales sureños.

Con la excepción de Egipto, la marginación de los grupos minoritarios efectuada bajo los regímenes militares ideológicos de partido único ha generado un descontento manifiesto. En Irak, Siria, Sudán, Argelia, Somalia y Mauritania ha provocado violentos enfrentamientos de diversa intensidad durante los últimos tres decenios. Actualmente, se desarrollan conflictos armados prolongados en Sudán, Somalia e Irak. En algunos casos, no sólo se cuestiona la legitimidad del régimen gobernante, sino la propia legitimidad del Estado. Esto significa que la integridad territorial de Sudán, Somalia e Irak se encuentra actualmente seriamente amenazada. Varios decenios de un proceso de construcción del Estado han empezado a generar un proceso inverso de deconstrucción del Estado.

La cuestión social: movilización y equidad

El proceso dual de occidentalización y desintegración del Imperio Otomano condujo, entre otras cosas, al final de la organización tradicional de los grupos étnicos en el mundo árabe. Sus modelos de asentamiento y de estructura laboral se volvieron menos segregados. Con la independencia, su movilización social y su integración en las grandes corrientes sociales se ha

dinamizado, y su conciencia política ha evolucionado notablemente. En este sentido, la educación moderna, la urbanización, la expansión de los medios de comunicación y la exposición a los medios de comunicación de masas han cumplido una importante labor instrumental.²³

Como sucedió en otras regiones, esta movilización social se vio acompañada o seguida de un aumento sostenido de las expectativas de una parte de los grupos étnicos en el mundo árabe. Estas expectativas incluían fórmulas para una mayor participación en el poder, riqueza y prestigio en sus países de independencia reciente. El breve experimento liberal en varios Estados árabes respondió al objetivo de participación política de los grupos étnicos, pero no en la misma medida que su demanda de justicia social, es decir, una participación equitativa en la distribución de la riqueza. Los primeros años de los regímenes de ideología militarista y populista contentaron a los grupos étnicos, o al menos prometieron hacerlo en el plano de la equidad social. Se implantaron medidas de redistribución como reformas agrarias, nacionalización de los bienes de propiedad extranjera y de las clases superiores, y un sistema de educación libre y abierto, así como medidas para garantizar la igualdad de oportunidades y la adopción de sistemas meritocráticos de empleo. Sin embargo, a medida que los regímenes consolidaron su permanencia en el poder, la realidad y/o promesa de una mayor equidad comenzó a desvanecerse para todos los grupos no gobernantes, incluidas las minorías étnicas.

Así, después de reprimir la participación política durante largos años, con una movilización social creciente, y el camino hacia la equidad social obstaculizado o deteriorado, las carencias estructurales no han dejado de aumentar desde los años 70. Estas carencias han afectado más a los grupos étnicos que a otros sectores de la sociedad. Por consiguiente, éstos fueron los primeros y los que más notoriamente expresaron su resentimiento contra lo que para entonces se había convertido en una clase gobernante autoritaria y burocrática, y que había relegado a segundo plano los pruritos ideológicos.

En lugar de responder a las protestas con medidas que reimplantarán la equidad social o reabrirán el sistema político a una mayor participación, la mayoría de los regímenes árabes respondieron con un aumento de la represión interna o con aventuras militares en el exterior. Así, el régimen sirio se vio envuelto en la guerra civil libanesa (desde 1975); el régimen iraquí en dos guerras en la región del Golfo, (contra Irán en 1980-88, y en Kuwait contra una coalición internacional en 1990-91); el régimen libio en Chad (1975-1988); el régimen argelino en una guerra por delegación con Marruecos en el Sahara (1976-1990); Somalia en el Ogaden contra Etiopía (1977); y Mauritania en una serie de escaramuzas con Senegal (1990-1991).

El aumento de la represión interna y las aventuras militares externas han tenido, en los dos casos, el efecto de destinar una mayor proporción de los presupuestos del Estado a la adquisición de armamento, con la consiguiente merma de las asignaciones a programas sociales. Por lo tanto, la equidad social ha seguido empeorando para todos los grupos no dominantes, pero especialmente para las minorías étnicas. De este modo, la división étnica en varios países árabes se ha intensificado por una división de clase.²⁴ La combinación de privaciones debido a la pertenencia étnica y de clase sólo necesitaban un factor adicional para estallar en un conflicto armado, a saber, un aliado extranjero. Esto nos lleva a la cuestión externa.

La penetración externa y la etnicidad en el mundo árabe

Debido a su ubicación estratégica singular, así como a sus recursos, especialmente el petróleo, el Oriente Medio árabe ha sido objeto de dominación de potencias extranjeras rivales a lo largo de los dos últimos siglos. Mientras tanto, estas potencias acentuaron las debilidades estructurales en el Oriente Medio árabe con el fin de consumir sus planes hegemónicos. La cuestión étnica ha sido una de esas debilidades.

Ya hacia finales del siglo XVIII, las potencias occidentales rivales se disputaban una relación de cliente/patrocinador con diversos grupos étnicos que vivían en las provincias del Imperio Otomano en decadencia, "el Enfermo

de Europa". Esto no era más que un pretexto para acceder a una posible herencia de estas provincias cuando llegaran los últimos estertores del "enfermo". Un caso relevante fue el patrocinio que brindó Francia a los cristianos maronitas, Gran Bretaña a los musulmanes drusos y Rusia a los cristianos ortodoxos (todos en una misma provincia árabe otomana, Siria Mayor (incluyendo el Monte Líbano). En general, los grupos étnicos en el mundo árabe conservaron sus reservas y escepticismo durante muchos años frente a esa tutela no solicitada de las potencias extranjeras. Pero con el auge de la corrupción y el despotismo del decadente Imperio Otomano, algunos de estos grupos aceptaron esa tutela como protección no sólo ante las autoridades centrales sino también ante amenazas reales o percibidas como tales por parte de otros grupos étnicos nativos dentro de esas fronteras.

Este modelo del siglo XIX, que permitió a las grandes potencias intervenir en los asuntos étnicos del mundo árabe, se prolongó hasta entrado el siglo XX, ya sea bajo el dominio colonial directo con unas políticas árabes fragmentadas, o después de la independencia formal. Las grandes potencias protagonistas variaron durante los dos siglos, pero el modelo siguió siendo esencialmente el mismo. Después de la Segunda Guerra Mundial, con la existencia de más y nuevos Estados independientes en Oriente Medio árabe, diversos actores regionales también se han visto envueltos, a menudo por delegación, en los asuntos étnicos de unos y otros. Entre éstos destaca Israel (en el Líbano, Irak, y Sudán), Irán (en Irak y Líbano), Etiopía (en Sudán).²⁵ En ocasiones, los Estados árabes han intervenido en cuestiones étnicas de Estados árabes y no árabes vecinos (Siria en Líbano e Irak; Irak en Líbano, Siria e Irán; Sudán en Etiopía).²⁶

La rivalidad entre las grandes potencias durante la Guerra Fría (1945-1990) añadió a esta intervención una dimensión aún más compleja de carácter ideológico. En ocasiones, facciones del mismo grupo étnico se enzarzaban en graves conflictos, tanto como lo dictasen sus patrocinadores externos (regionales o globales). En muy raras ocasiones el factor externo por sí solo desencadenó graves conflictos étnicos, que surgían fundamentalmente por

factores internos de naturaleza política, socioeconómica, o cultural del tipo descrito más arriba.

El factor externo, cuando intervenía, consistía en intensificar, complicar y prolongar dichos conflictos. Esto es especialmente verdad en el caso de conflictos étnicos armados, que con el tiempo tienden a crear una economía política y una subcultura política propia, que van mucho más allá de los problemas que originaron el conflicto. Las guerras civiles en Líbano, Sudán y Irak son ejemplos dramáticos.

La etnicidad, la sociedad civil y la democratización

Para recapitular, la cuestión étnica es uno de los desafíos más graves que afronta el mundo árabe en general y, en particular, los Estados árabes con una acusada diversidad étnica. Ni el sistema naciente de países y Estados modernos, ni la clase intelectual árabe han logrado comprender o lidiar con los problemas étnicos frontalmente. En primer lugar, el parto por cesárea de muchos de los Estados árabes a manos de las comadronas coloniales trajo al mundo a un conjunto de Estados árabes gravemente deformados. Si el experimento liberal hubiese continuado, o si se hubiera reanudado un par de decenios después de su interrupción, se podría haber corregido muchas de las primeras deformaciones socioeconómicas mediante un auténtico proceso de participación.

La política de la participación

Los sistemas de participación política han demostrado ser la modalidad más eficaz para la gestión pacífica de los conflictos sociales en general, y particularmente de los conflictos étnicos. Las lealtades primordiales suelen ser moderadas, reducidas, o incluso eliminadas en la medida que se desarrollan libremente las formaciones socioeconómicas modernas (por ejemplo, clases y grupos profesionales). Éstos ofrecen a los miembros de los grupos étnicos un sustituto, o al menos una alternativa parcial a la protección colectiva, y una potenciación de los legítimos derechos y necesidades. Permiten la existencia

de redes asociativas modernas interconectadas y agrupadas bajo el concepto de "sociedad civil". En su sentido más amplio, la sociedad civil comprende partidos políticos, sindicatos, asociaciones profesionales y otras organizaciones no gubernamentales a nivel de la comunidad y nacional. Este tipo de redes asociativas ha demostrado ser el eje de los sistemas de participación política, aún cuando algunos de ellos se definan como "apolíticos".²⁷

En algunos países árabes, la política de participación puede contribuir a generar una inestabilidad política inicial o conducir a diversas formas de demagogia. Los líderes étnicos rivales pueden incurrir en prácticas de posicionar a sus propios hombres en los puestos dirigentes, pero en el mediano o largo plazo predominará una política responsable y democrática. En países con grupos étnicos importantes concentrados en una provincia o área geográfica, también cabe prever el surgimiento de tendencias separatistas una vez que el sistema político permita la libertad de expresión y el sufragio universal, como ha sucedido de forma rotunda, y a veces dramática, en la ex Unión Soviética y en Yugoslavia. Si bien deben concederse estos derechos en principio, en la práctica podría provocar el caos.

El federalismo

Para evitar los efectos negativos de esta eventualidad, deberían contemplarse como opciones verdaderas el "federalismo", e incluso el "confederalismo". La aplicación flexible e imaginativa de "federalismo" podría producir un equivalente moderno funcional del Sistema Millet en el Imperio Otomano. El federalismo reconciliaría el legítimo impulso de los Estados árabes por conservar su integridad territorial con el derecho legítimo de los grupos étnicos a conservar su cultura, su dignidad humana y su autonomía política.

Es indudable que sólo se pueden respetar los derechos humanos y políticos legítimos de las minorías y grupos étnicos si también se respetan para la mayoría. De hecho, como señaló en una ocasión el teórico social libanés Antoine Messarra, "ningún régimen político árabe ha tenido problemas graves con las minorías étnicas sin tener al mismo tiempo problemas graves con la

mayoría en ese mismo país".²⁸ Los kurdos y los sudaneses del sur que se han alzado en armas contra sus gobiernos centrales han llegado recientemente a la misma conclusión: no resolverán su problema si no modifican el conjunto del sistema político para hacerlo sensible y transparente tanto para la mayoría como para las minorías étnicas. Esta proposición ha sido resumida por el movimiento nacional kurdo con la frase "democracia para todos los iraquíes y autonomía para los kurdos". El Ejército de Liberación Sudanés (provenientes del sur, en su mayoría) ha adoptado una consigna similar: "democracia para Sudán y federalismo para el sur".

A pesar de algunos graves y prolongados conflictos étnicos armados en el mundo árabe, hay casos en que dichos conflictos han sido mejor manejados o sencillamente evitados. Una vez más, ha sido gracias a una combinación de participación política y descentralización o federalismo. Conviene destacar aquí el caso de los beréberes en Marruecos y Argelia, que constituyen a grandes rasgos el mismo porcentaje de la población total (entre un 25% y un 35%). Aunque los beréberes constituyen una minoría cultural lingüística, en ambos países son musulmanes suníes, al igual que la mayoría árabe. Los beréberes han sido parte integral e importante de la historia del Magreb desde el siglo VII D.C. Participaron en la conquista árabe musulmana de la Península Ibérica y del África sahariana y subsahariana. De la misma manera, en la época contemporánea, estuvieron sometidos al dominio colonial francés, resistiendo a su política de "dividir para reinar" y luchando por la independencia de sus países en los años 50 (Marruecos) y 60 (Argelia). En los decenios que siguieron a la independencia, los beréberes de ambos países desarrollaron sus propias aspiraciones culturales como grupo distintivo. El rey de Marruecos supo asimilar esas aspiraciones, mientras que el partido único gobernante en Argelia, el FLN, las reprimió. En los años 90, los beréberes marroquíes parecen mucho más integrados en la política nacional que sus contrapartes en Argelia. Estos reivindican, cada vez con mayor virulencia, un reconocimiento cultural. La amenaza de los grupos militantes islámicos, con sus tendencias "sobrearabizantes" está convirtiendo la reivindicación cultural de los beréberes argelinos en un movimiento de protesta política igualmente militante.²⁹ En el momento de escribir este artículo, (1995), el Estado argelino se encuentra bajo

la enorme presión de los militantes islámicos y los militantes beréberes.³⁰ Así, mientras Marruecos se encamina hacia una progresiva democratización con sus ciudadanos árabes y beréberes en un mismo plano, Argelia se desintegra bajo la militancia de algunos grupos árabes y beréberes.

Sudán es otro caso ilustrativo. En 39 años de independencia (1956-1995), el país sólo ha gozado de 10 años de relativa calma entre el sur y el norte (1972-1982). Aquellos diez años de paz fueron el producto de los Acuerdos de Addis Abeba, que estipularon un sistema de gobierno autónomo para el sur. Cuando el régimen militar de Numeiry rompió los acuerdos en 1983, restableciendo el dominio directo de Jartum e imponiendo la sharya islámica a los no musulmanes, el sur volvió a levantarse en armas. La situación no ha mejorado a pesar de la sucesión de tres regímenes diferentes desde entonces (1985, 1986, 1989).³¹

Así, mientras Marruecos y Argelia representan dos casos simultáneos de gobernabilidad y administración de la cuestión étnica, Sudán representa un caso diacrónico. La conclusión es básicamente la misma: en la actualidad, las sociedades que son pluralistas étnicamente también deben serlo en el terreno político.

Traducido del inglés

Notas

1. Para una perspectiva global de los conflictos étnicos, ver Diamond, Larry y Marc F. Plattner (comps), 1994. *Nationalism, Ethnic Conflict, and Democracy*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.

2. Para detalles y documentación, ver, Ibrahim, Saad Eddin, 1994. *Sects, Ethnicity, and Minority Groups in the Arab World*, (en árabe) (El Cairo: Centro Ibn Khaldoun), pp. 15-18, y pp. 225-290, pp. 323-369, y pp. 601-629.

3. Ibid. pp. 725-749.

4. Ver también la definición de Diamond y Plattner en *Nationalism, Ethnic Conflict*, op.cit, p. XVII; Fukuyama, Francis, "The End of History," *The National Interest*, N^o. 16 (verano 1989), pp. 3-18, y Idem, *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Free Press, 1992, p. 201.

5. Para una reseña completa de los conflictos civiles armados en Irak, Sudán y Líbano, ver Ibrahim, Saad Eddin, *Sects, Ethnicity and Minority Groups...* op.cit, pp. 225-290, pp. 323-360, y pp. 601-629.

6. Ibid. pp. 14-15; y Hourani, A.H., 1947. *Minorities in the Arab World*, Londres: Oxford University Press.

7. Entre los intelectuales árabes se ha desatado una encendida polémica a propósito de la propuesta de celebrar una conferencia sobre la "Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de las Minorías y Pueblos del Mundo Árabe y Oriente Medio", que debía celebrarse en El Cairo, 12-14 de mayo de 1994. El conocido escritor y periodista egipcio, M.H. Haikal, lideró los ataques contra la conferencia en un artículo "The Copts are an Integral Part of the National Mass" *Al-Ahram*, 20 de abril, 1994. Unos 240 intelectuales árabes se sumaron a la polémica entre abril y septiembre de 1994. Las dos terceras partes de los participantes negaban la existencia o minimizaban el tema de las minorías en el mundo árabe. Ver *Civil Society and Democratic Transformation in the Arab World*, (CSDTAW) Newsletter, abril-octubre, 1994. Ver también la abundante documentación en *Religious and Ethnic Groups in the Arab World, Second Annual Report*, 1995. (En árabe e inglés), El Cairo: Ibn Khaldoun Center for Development Studies.

8. Para una reseña del desarrollo sociopolítico, ver Ibrahim, Saad Eddin, 1988. *The Future of Society and State in the Arab World*. (en árabe), (Ammán: The Arab Thought Forum); Hudson, Michael, 1980. *Arab Politics: The Search for Legitimacy*, (New Haven: Yale University Press); Luciani, G. (comp), 1990. *The Arab State*. Berkeley: University Press.

9. Para una reseña del conflicto turco-kurdo, ver Macburin, Robert D., 1979. *The Political Role of Minorities in the Middle East*, Nueva York: Praeger; y sobre los acontecimientos más recientes en el sur de Turquía y norte de Irak, ver *Time*, 24 de abril 24, 1995, pp, 50, 51 y *Newsweek*, 27 de marzo, 1995, p. 12.

10. Corm, Georges. *Variety of Religions and Regimes: A Comparative Sociological and Legal Study*, (en árabe) (Beirut: El Nahar Publishing Center, 1979) pp. 196-261 (en árabe), Howeidy, Fahmy, *Citizens Not Protected* (en árabe), (Cairo: Dar El Sherouk), 1990; ver también un debate entre Howeidy y este autor sobre este tema en *Al-Ahram*, (diario árabe de El Cairo), 14, 21 y 28 de marzo, y 4 de abril, 1995.

11. Megezil, Joseph. "Islam and Arab Christianity, Arab Nationalism and Secularism" en *The Seminar of Arab Nationalism and Islam*, pp. 361-84 (en árabe); Zuraque, Constantine en su comentario sobre Kawthran, Waguih, "The Christians from the System of Sects to the Modern State", en su libro *The Debate of Arab Christians*, p.75; El Shair, Gamal, "What are the Reasons of Susceptibility and What are their Ranges?" en *The Debate of Minorities in the Arab East and the Attempts of Israel to Use Them*. Amman 12-15/9/1981, (en árabe).

12. Ver las actas de la Conferencia Constituyente del partido Baas, según aparece recogido en Aflaq, Michael, *For the Cause of Baath*, (Beirut: El Tali'a Publishing Center), 1978. Primera Parte, p. 121, (en árabe); Para más información sobre la actitud del partido baazista hacia las minorías, ver Dandeshly, Mostafa, *The Arab Socialista Baath Party, Part I: Ideology and Political History*, (Beirut: El Talia Publishing Center, 1979, pp. 92-95); Al-Duri, A. "The Historical Roots of Arab Nationalism" en Hopkins, N. y Ibrahim, Saad Eddin (comps), *Arab Society*, (Cairo: American University in Cairo Press), 2ª edición, 1985, pp. 20-35.

13. Ver Yassin, El Sayed et al., 1980. *Content Analysis of the National Arab Thought*, (Beirut: the Center of Arab Unity Studies), p. 52, (en árabe).

14. Ver Al Hosary, Sati, 1985. What is Nationalism?, Beirut The Center of Arab Unity Studies, (originalmente publicado en 1958) p. 175, (en árabe).

15. Diamond y Plattner, op.cit, p. XVIII.

16. Packradoni, Karim, "Toward Ethnically Egalitarian Arab Societies". Artículo presentado en la conferencia sobre la Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de las Minorías y Pueblos del Mundo Árabe y Oriente Medio, Limassol, Chipre, 12-14 de mayo, 1994.

17. 1993 Arab Strategic Report, 1994. (en árabe), (Cairo: Al-Ahram Center for Political and Strategic Studies)..

18. La élite iraquí que encabeza el clan de Saddam Hussein desde 1968, proviene de la ciudad árabe musulmana suní de Takrit. Los musulmanes suníes de Irak no superan el 35% de la población total de Irak (compárese con más del 45% de árabes musulmanes shiíes, y el 15% de musulmanes kurdos. La élite siria del clan de Hafez el-Assad's desde los años 70, proviene de una pequeña secta alawita shií (ciudad de Qerdaha) que constituye no más del 16% de la población total de Siria (Ver Cuadros del Apéndice).

19. Ver un análisis de los acontecimientos recientes en Civil Society and Democratic Transformation in the Arab World (CSDTAW), Newsletter, N° de abril-agosto de 1994.

20. Para una reseña de los textos constitucionales y documentos similares de los países árabes, ver Sarhal, Ahmed, Political and Constitutional Systems in Lebanon and the Arab Countries (Beirut: El Baath Publishing Center), 1980, (en árabe).

21. Ibid.

22. Ibrahim, S. E., Future of Society and State in the Arab World, pp. 400-450.

23. Sobre este tema, en relación al mundo árabe, ver los siguientes:

Karl W. Deutsch, "Social Mobilization and Political Development" en American Political Science Review, Vol. 55, N^o, 3, septiembre 1961, pp., 493, y Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundation of Nationality. 2^a edición, Cambridge, Mass, MIT Press, 1966.

Ibrahim S. E., Bridging the Gap Between Decision-Makers and Intellectuals in the Arab World, (Amman: the Arab Thought Forum), 1984, pp. 16-32, (en árabe).

Lerner, Daniel, The Passing de Traditional Society: Modernizing the Middle East. (Glencoe, ILL: Free Press), 1958.

Harik, Iliya, "The Ethnic Revolution and Political Integration in the Middle East," en International Journal of Middle East Studies, vol. 3, No.3, julio, 1972, pp. 303, 323.

Ghalyoum, Bourhan, The Sectarian Issue and the Problem of the Minorities, MMS, 1986, pp. 71-79, (en árabe).

24. Ibrahim, S.E., Sects, Ethnicity and Minority Groups. op.cit, pp. 735-740

25. Ibid. pp. 840-860

26. Ibid. pp. 840-860

27. Ver Ibrahim, Saad Eddin, 1995. "Civil Society and Prospects of Democratization in the Arab World," en Norton, Augustus Richard, Civil Society in the Middle East, (Leiden: E. J. Brill), , pp. 27-54.

28. Messarra, Antoine, 1993. "Minority Rights in the Arab Mashriq," en Naim, Abdullahi Ahmed (comp), The Cultural Dimensions of Human Rights in the Arab World, (en árabe), (Cairo: Ibn Khaldoun Center y S. Al-Sabah), pp. 427-52.

29. "The Berbers Demand a Voice", Al-Ahram Weekly, 20 de octubre, 1994, p. 5.

30. Ibid.

31. Minorities Concerns in the Arab World, the 1993 Annual Report, (Cairo: Centro Ibn Khaldoun), 1994